

## **Acapatzingo: construyendo comunidad urbana**

César Enrique Pineda

Cuando uno cruza las puertas de este barrio inusual, se da cuenta de inmediato de que algo muy especial sucede en este rincón del oriente de la Ciudad de México. No solo porque uno es recibido por las guardias rotativas de los vecinos que mantienen la seguridad barrial en cada acceso para las más de quinientas familias de la Cooperativa Acapatzingo; ni tampoco por los mensajes colgados en las puertas con numerosas invitaciones a talleres y otras actividades culturales; sino esencialmente porque al cruzar el umbral de esos accesos uno puede ver y sentir otro orden, uno alternativo, en medio de la gran capital.

Llama la atención enseguida que las jardineras de las banquetas estén frondosas y cuidadas; que las casas aunque sencillas y modestas brillen con pintura reciente; que los pocos autos que circulan lo hagan a muy baja velocidad, dentro de este barrio que restringe la entrada a los que no son sus habitantes y que, por tanto, los niños pueden correr por las calles y llenar de carcajadas algunos espacios recreativos.

Si uno camina por La Polvorilla, aunque no vea opulencia en este barrio autoorganizado, quizá se puede encontrar con otro tipo de riqueza: la que se basa en la cooperación, la colaboración, la reciprocidad y la organización de los más pobres que han logrado construir, desde cero, una nueva comunidad que toma decisiones por asamblea, tiene su propia radio, su sistema de seguridad interno, sus huertos colectivos y espacios comunes construidos en buena medida de manera autogestionaria, todo ello en medio de una zona favelada, precarizada y marginal. Sobre esta extraña comunidad se refiere este artículo, que trata de describir el proceso de construcción comunitaria urbana como proceso atípico de autonomía en plena ciudad.

### **Luchas en la periferia urbana mexicana**

A finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, se generó en Ciudad de México y otras partes del país, un proceso ascendente de organización popular urbana que comenzó a formar numerosas barriadas populares en las periferias, en un fenómeno equivalente a lo que sucedió en muchas ciudades de América Latina (Zibechi, 2008).

Las luchas por la vivienda tuvieron un crecimiento exponencial debido a la creciente migración del campo a Ciudad de México, a la explosión demográfica de esas décadas, a los mecanismos de incorporación estatales e irregulares en el mercado inmobiliario y, en especial, a la concentración y centralización del empleo industrial y mercantil en el Distrito Federal, la capital del país. A ello habría que agregar la agudización de la escasez de vivienda, o de sus altas rentas, que para la década de los setenta significó una verdadera crisis habitacional intensificada por las consecutivas crisis económicas que golpearon los ingresos de los trabajadores con la reducción de sus ingresos y con el aumento de la carestía de la vida (Navarro, 1990).

La capacidad del estado mexicano para satisfacer la demanda de vivienda fue por mucho rebasada, al igual que sus mecanismos de control de los sectores populares. Los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el Distrito Federal, fueron además totalmente desbordados por la dinámica poblacional urbanizadora, dejando en la desprotección a enormes contingentes sociales empobrecidos en asentamientos precarios e irregulares y sin servicios de infraestructura básica.

En medio de lo que hoy sabemos era una crisis de acumulación global y del desbordamiento del régimen de regulación estatal, la acción de activistas estudiantiles, promotores de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y de militantes de la izquierda radical no partidaria en las periferias, encontró un campo fértil de necesidades sociales y de disposición de lucha que abrió la posibilidad de un poderoso movimiento de toma de tierras urbanas. Decisiva sería, en 1980 y 1981, la realización de los Encuentros Nacionales de Colonias Populares que fructificarían en la integración de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), antecedente directo de numerosas expresiones que se diversificarían en toda la Ciudad de México (Moctezuma, 1984; Moctezuma, 1999). Pero no sería sino hasta el terremoto de 1985, donde no solo colapsarían construcciones, casas y edificios, sino también las redes clientelares del priismo, cuando se abriría una enorme brecha, donde el régimen sería rebasado por la organización y la movilización popular frente al desastre. Si la crisis habitacional era grave previa al terremoto, posteriormente se generó una masiva demanda de vivienda que fue canalizada y politizada por numerosos y emergentes procesos urbanos populares. Los movimientos de inquilinos y de solicitantes de vivienda, quienes habían iniciado la toma de tierras y formado asentamientos y barriadas populares, convergieron —con el detonador del terremoto por un lado y por el creciente clima de movilización social en Ciudad de México— en la segunda mitad de la década de los ochenta. La ciudad vivió

un ascenso cultural, estudiantil y electoral, desde abajo, de manera vertiginosa.

Sería en el oriente de la ciudad, en el cinturón de extrema miseria formado en las delegaciones Tláhuac, Iztapalapa e Iztacalco, de donde emergerían masivos procesos de toma de tierras orientadas a satisfacer la urgente necesidad de un techo. El núcleo origen de varias expresiones del Movimiento Urbano Popular (MUP)<sup>1</sup> sería la emblemática toma del predio El Molino, en 1985, que marcaría la pauta para realizar trabajo de base en los cinturones de esas zonas precarizadas.

Había surgido el equivalente a un poderoso movimiento de los sin techo, anclado en las redes familiares y de parentesco, en las redes subalternas urbanas por un lado y en los núcleos militantes influidos por el maoísmo, por lo que se llamaba línea de masas, así como por innumerables activistas y grupos estudiantiles que retomaban muchos de los postulados y planteamientos de esa década, entendidos en clave revolucionaria de liberación nacional y de construcción de un modelo socialista (Lao, 2009). De la paradigmática toma masiva de El Molino, a la par de otras como San Miguel Teotongo o Cabeza de Juárez, y en especial después de violentos desalojos en la zona del Ajusco, surgirían varias expresiones del MUP y, en 1988, el ala radical de todo el movimiento: el Frente Popular Francisco Villa (FPFV) (Sánchez, 2007), de donde emergerá la Cooperativa Acapatzingo.

## **A contracorriente**

La Cooperativa Acapatzingo ubicada en los límites de las delegaciones Iztapalapa y Tláhuac es el asentamiento más grande y más consolidado de ocho asentamientos y campamentos más que integran el Frente Popular Francisco Villa Independiente-Unidad Nacional de Organizaciones Populares de Izquierda Independiente (Fpfvi-Unopii)<sup>2</sup>. Popularmente conocida como La Polvorilla, es quizá una experiencia atípica al interior de lo que hemos caracterizado como movimiento urbano popular, ya que su posterior desarrollo, al momento de auge del MUP, intensificó y aceleró las tendencias de autoorganización, autogestión y participación, con una explícita intención de construcción comunitaria y, en los últimos años, utilizando la noción de autonomía y poder popular para identificar dichos procesos colectivos.

Aunque por su extensión territorial y por su número de habitantes, Acapatzingo es la experiencia comunitaria de construcción autonómica más compleja del Fpfvi-Unopii, lo cierto es que las prácticas de construcción comunitaria

también se reproducen en el resto de los asentamientos, en menor escala, pero en equivalente intensidad y capacidad organizativa. En cada uno de estos núcleos<sup>3</sup> —derivados de largas historias de lucha por la tierra urbana, de toma de los terrenos o bien de compras con ahorros colectivos, de acampado y resistencia a los desalojos por el gobierno de la ciudad— se han constituido cooperativas de vivienda.

Estas experiencias mantienen continuidades con las capacidades creadas en el movimiento urbano popular en su conjunto para la solución de la vivienda popular. Dichas capacidades han sido sintetizadas para el estudio de otras organizaciones del MUP por Ramírez Sáiz, pero son también características del PfviiUnopii: a) la creación de ahorro colectivo como herramienta de acceso para los créditos gubernamentales para vivienda; b) intervención directa en el diseño y planeación del asentamiento; c) administración y control del proceso de producción de la vivienda y de los servicios urbanos; d) participación en la autoconstrucción (Ramírez Sáiz, 2003: 33). A ello habría que agregar la secuencia de toma de terrenos, autoorganización, defensa de las tierras tomadas, marchas y plantones como acciones colectivas que identifican a este movimiento.

Sin embargo, estas fortalezas de los procesos no son el centro de nuestra reflexión. A pesar de su importancia, lo característico del proceso del PfviiUnopii se concentra en haber dado una radicalización importante a los procesos autoorganizativos, producto de varias bifurcaciones —tanto políticas como organizativas, que no fueron sencillas— que parten del rompimiento de la concepción revolucionaria como acción futura. Gerardo Meza, uno de los líderes de la organización sostiene que:

Los militantes a los que ahora se les llama ortodoxos planteaban que primero tenía que llegar la revolución para transformar nuestro mundo, nosotros lo que decimos es que tenemos que comenzar con esta transformación aquí y ahora, por medio de esfuerzos, de solidaridad con los compañeros, con los hermanos. Desarrollar el trabajo colectivo, en contraposición con la competencia y el individualismo que nos enseñan diariamente en todos lados y por supuesto, el respeto con los demás. Partiendo de estos principios, nosotros decimos que la revolución es aquí y ahora para toda la vida (Lao, 2009).

El progresivo abandono y crítica sobre la concepción clásica de la izquierda los ha acercado a otros procesos sociales, aunque manteniendo un horizonte de transformación socialista, la autonomía ha aparecido como elemento de construcción política. Enrique Reynoso, también dirigente de la agrupación, plantea sobre ello:

Nosotros modestamente tratamos de aprender del EZLN y del MST, porque son derroteros en América Latina. Modestamente creemos que nos acercamos en varios aspectos: [en] la construcción de espacios con cierta autonomía... de construcción de autonomías... esencialmente en esta necesidad de aprender y comprender que los movimientos no surgen de arriba hacia abajo, que los movimientos se van dando de abajo hacia arriba y que es este equilibrio en la toma de decisiones donde se rompe o se empieza a romper con el sistema que demanda obedecer los dictados de una clase o sector ubicados por encima de los demás (Sánchez, 2010).

Quizá estas orientaciones sobre la revolución y el poder permiten comprender un poco lo intenso del proceso comunitario que se vive al interior de los asentamientos del PfvíUnopii y de su acercamiento, en los últimos ocho años, al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y sus iniciativas políticas, ancladas en la Sexta Declaración de la Selva Lacandona. Estas concepciones sobre el cambio social y la dominación son producto de una fuerte discusión interna, del análisis de los cambios en los procesos sociales mexicanos y mundiales y, en especial, de una radical crítica a los senderos que tomó el propio movimiento urbano popular, por lo que dichas definiciones van a contracorriente del sentido que tomaría el MUP.

Así, Acapatzingo y el resto de los asentamientos del Frente Popular se han consolidado después de un largo y tortuoso camino; primero en la toma de tierras, luego en una intensa fase represiva del estado que significó numerosos encarcelamientos y, posterior a ello, en las numerosas divisiones del MUP y también del propio Pfví; en especial, en los caminos de institucionalización y partidización que vivió la mayor parte del movimiento urbano popular a raíz de su articulación con el Partido de la Revolución Democrática, que representa a la centroizquierda que gobierna la Ciudad de México desde 1997.

Y es que la influencia del MUP se eclipsó en la primera década del siglo XXI por diversos factores, como la incidencia de la dinámica del mercado en los procesos habitacionales y de urbanización (Eckstein, 2001); por la fragmentación, división y dispersión del propio movimiento (Serna, 1997; Tamayo, 1999); por los cambios en las políticas públicas sobre la urbanización y la vivienda que redujeron la tolerancia a los procesos de toma de tierras; por el abandono de la idea de construcción de poder popular, la progresiva desactivación de asambleas y una creciente jerarquización (Barragán, 2010). En especial, la alianza electoral que la mayoría de las organizaciones del MUP realizaría con el partido en el poder provocaría que:

[...] subordinaran la organización social a la dinámica de los partidos. Dichas medidas fueron causantes de la desactivación de los grupos urbanos populares y de su progresiva partidización, es decir de su conversión en fracciones partidarias. Además, en su relación con los respectivos partidos, estos grupos asumieron rasgos clientelistas y corporativos, exigiendo cuotas de poder (cargos de representación popular o partidarios) y atención preferencial a sus demandas. [...] Desde el punto habitacional y urbano, los efectos de la incursión electoral y partidaria de los grupos independientes no fueron significativos. Es decir, no obtuvieron logros reivindicativos y el costo orgánico pagado fue muy alto (Ramírez Sáiz, 2003: 16).

Es por ello que las definiciones del FpviUnopii son decisivas cuando resuelven apartarse de las tendencias dominantes del MUP en su alianza electoral-gubernativa, por un lado, y de las prácticas clientelares que progresivamente fueron invadiendo al movimiento. Sus definiciones y orientaciones emancipatorias han influido en su construcción comunitaria, ya que plantean «construir ya no solo proyectos de vivienda, sino proyectos de vida» (FpviUnopii, 2008). Esta sencilla definición, sin embargo, reorienta su identidad de la gestión de vivienda a la autorregulación social (Gutiérrez, 2011); de la demanda al estado hacia la autogestión; de la alianza electoral y ocupación de espacios estatales hacia la construcción comunitaria y autonómica. Son, por tanto, una expresión a contracorriente tanto al interior del MUP como al corazón de la Ciudad de México y su urbanización salvaje con procesos intensos de mercado y de estatalización. En medio de ese contexto ha resurgido, o mejor aún se ha construido, la comunidad urbana.

### **De la necesidad a la comunidad**

Los enormes terrenos de La Polvorilla, de cerca de setenta mil metros cuadrados, fueron tomados en la década de los noventa, y casi veinte años después es un asentamiento de casi quinientas familias que integran la Cooperativa Acapatzingo, cada una con una vivienda de dos pisos, organizadas por sectores, alrededor de espacios comunes. Como hemos dicho, el asentamiento crea un espacio interior controlado en sus dos accesos por equipos rotativos que resguardan las veinticuatro horas la entrada y salida de personas y autos. El contraste de la organización interna, que genera un orden alterno y colectivo, resalta con sus alrededores precarizados. Acapatzingo da la impresión de ser

un oasis en medio de un desierto de pobreza y casas grises, un espacio de vida en medio de lo que, en otras latitudes, serían las favelas empobrecidas periféricas. Esa comunidad, después de una larga lucha y procesos de organización, cuenta además de sus viviendas, con todos los servicios básicos. Pero aún más, en asamblea, una a una se han decidido las prioridades para construir espacios comunes como: la Casa Nuestra, que es el espacio cultural y educativo donde hay una biblioteca y sala de reuniones; una plaza que fue habilitada con juegos para los niños; un espacio colectivo, todavía deteriorado, El Tejabán, que sirve para las asambleas de la cooperativa. Han construido también una cancha de fútbol para los jóvenes que tuvo una enorme participación colectiva. Al momento de escribir estas líneas se edifica una plaza para los ancianos. Los planes de la cooperativa contemplan espacios a futuro para una clínica de salud, un teatro al aire libre y su propia escuela de educación básica.

Dos logros adicionales importantes son espaciales y organizativos. Por un lado, la construcción de un huerto colectivo donde se cultivan lechugas, chiles, tomates y hasta fresas, bajo un enorme invernadero. Por el otro, una de las viviendas, donada por la comunidad para servir como espacio común, alberga a La Voz de Villa, la radio comunitaria que transmite sin permiso y es gestionada, esencialmente, por jóvenes de la propia comunidad y también por varios menores que comenzaron a transmitir desde que tenían menos de diez años.

Este ordenamiento socioespacial crea un territorio interno, real y simbólico, sorprendente para cualquier visitante, ya que se vive en espacios diseñados, pensados y vividos para la realización de la comunalidad. Solo la planificación como un bien común —como producción del espacio destinado al beneficio colectivo y a mantener relaciones permanentes en colectivo provocando una socialidad alternativa— es un radical logro urbano. Quizá por ello, Acapatzingo siempre tiene visitantes locales, nacionales o internacionales, que son recibidos en una territorialidad que pareciera hubiera sido planificada como ideal de una comuna.

La construcción de Acapatzingo es una verdadera contratendencia, en medio de la extracción de rentas del suelo y los inmuebles por el capital, proceso intensificado y acelerado por las políticas de los gobiernos de centroizquierda que facilitaron, por todos los medios estatales, la especulación, la gran construcción privada y la gentrificación en Ciudad de México. La construcción de estos espacios se logra por una combinación de faenas y jornadas colectivas de manera rotativa por todas las familias (autoconstrucción), recursos y ahorros propios, así como “arrancando y exigiendo que los organismos destinados al financiamiento de vivienda como es el Instituto de Vivienda del Distrito Fede-

ral (INVI) [...] otorguen créditos de carácter blando para la construcción” (Lao, 2009). Sin embargo, aunque los logros materiales son a todas luces impresionantes, todo ello no sería posible sin un intenso proceso organizativo que construye colectividad para la gestión de lo común.

Este proceso colectivo de gestión del habitar en común, del vivir conjuntamente, es precisamente la diferencia con un proyecto de vivienda, con el intento de romper con las relaciones utilitarias de gestión de ella y con la clara intención de politizar la necesidad básica de techo para reconstruir relaciones comunitarias de cooperación, reciprocidad, trabajo colectivo, deliberación y decisión, y ejecución en común, que se vuelve uno de los ejes de acción más importantes del Frente.

Los procesos que podemos identificar pueden describirse en las nuevas relaciones autoorganizativas en los procesos de salud y cultura de las familias que integran cada asentamiento. En ellas se desarrollan intensos procesos, casi todos experimentales de prueba y error organizativo, para impulsar capacitaciones en torno de la prevención y el cuidado de la salud. La naciente estructura de promotoras de salud socializa conocimientos básicos de nutrición, primeros auxilios y, en especial, medicina alternativa y tradicional, así como campañas informativas, en cada asentamiento, sobre todos estos temas que apuntan hacia la construcción —como hemos dicho— de sus propios centros de salud autogestionados. Por el otro lado, existe un intenso proceso participativo en las actividades culturales y recreativas, que van desde juegos con los niños y apoyo en sus tareas, que pasan por torneos, bailes y grupos teatrales, y llegan hasta las fiestas comunitarias en sus aniversarios como asentamientos y como organización.

Sin embargo, la creciente participación es también autorregulativa, tanto en el trabajo colectivo y su división rotativa como en su dimensión crecientemente autogubernativa, donde, de manera embrionaria, cada asentamiento discute sus propias reglas, normas y mecanismos para la resolución de conflictos. Sobre el tema, habla Rosario Hernández, otra de las dirigentes en Acapatzingo:

Si aquí en la colonia se da una situación, un conflicto entre vecinos, algún robo que se pueda dar —que hoy en día pues ya no es como una situación muy común— quien lo resuelve es la comisión de vigilancia. Porque si el esposo le pegó a la esposa o viceversa —también se da— la comisión es la que arregla todo eso (Sánchez, 2010).

A los reglamentos y mediaciones discutidos y aprobados colectivamente hay que sumar que las comisiones de vigilancia mantienen el sistema de protección y seguridad de cada asentamiento, y en su caso entre asentamientos, con numerosos protocolos de reacción ante siniestros, ante robos comunes,



ataques policiacos u otros posibles incidentes, ya que en Acapatzingo, salvo excepciones, no se utiliza la policía ante los conflictos: “No tenemos confianza en ellos, entonces la seguridad la hacemos nosotros mismos” (Sánchez, 2010). La comunidad mantiene un control espacial que semeja al control territorial de las experiencias rurales comunitarias.

De igual forma, se sostiene el mantenimiento de todos los espacios comunes que incluyen las viviendas particulares, banquetas, jardineras, plazas, bodegas, infraestructura y recursos, con participación colectiva y rotativa. Es precisamente aquí donde el trabajo de cultivo, con la comisión de mantenimiento, ha logrado sostener en los últimos años los invernaderos, que ya se están intentando replicar en el resto de los asentamientos, logrando experimentar con el reparto y la venta interna de sus productos, así como el cultivo para la elaboración de medicinas tradicionales. Pero todo ello no sería posible sin una organización participativa desde abajo y que involucre a prácticamente todo el entramado comunitario y familiar.

La organización básica del Frente se realiza por brigadas que pueden aglutinar a diez o quince familias, y que realizan trabajos transversales que requieren mayor esfuerzo y participación, como bien pueden ser las faenas de mantenimiento o construcción, o bien la coordinación rotativa por brigada de la organización de las fiestas colectivas (trabajo que recuerda al sistema tradicional de los pueblos originarios de tequio, sistemas de cargos o mingas). Cada brigada delega la coordinación de trabajos por rubros en las llamadas comisiones, también de manera rotativa. Es decir, cada una envía un integrante a las comisiones de salud, educación, vigilancia, mantenimiento, prensa, cultura, y educación y finanzas, lo que integra un cuerpo intermedio de coordinación y operación permanente en cada asentamiento que, en los hechos, funge con tareas autorregulativas de la comunidad en su conjunto, creando una estructura de participación impresionante, lo que permite, por supuesto, una apropiación muy intensa de la gestión del asentamiento, pero también de los procesos deliberativos, decisorios y cooperativos que crean una cultura y una identidad de poder desde abajo.

Cada asentamiento, cuenta además con la máxima instancia decisoria que es la asamblea, donde cada familia debe enviar al menos a un representante con voz y voto; generalmente son mujeres jóvenes las que integran la asamblea y buena parte de las comisiones. La mesa es rotativa y es en la asamblea donde “todos confluimos, en que todos sabemos que a pesar de las diferencias que podemos tener, por nuestra procedencia o nuestro origen, aquí somos iguales, sabemos que este espacio en la toma de decisiones es como lo más importante para nosotros”.

En resumen, la apropiación comunitaria de la tierra, el diseño y regulación espacial socioterritorial, la construcción de relaciones cooperativas y de división del trabajo colectivo de manera autogestionaria, los emergentes procesos de autorregulación en cuestiones comunicativas, culturales, educativas y de salud, hablan de un inesperado proceso urbano de construcción de relaciones de comunalidad y, en buena medida, de una relativa autonomía urbana.

## La comunidad urbana

La producción de comunidad urbana no es un proceso sencillo, es un lento y contradictorio proceso de reconstrucción de relaciones colectivas, debilitadas o fracturadas por el mercado y el estado. Como plantea una de las mujeres de las comisiones de trabajo en el sector Pantitlán: “Nosotros estamos manoseados mucho por el capitalismo. Antes de entrar somos muy individualistas y aquí lo que tratamos es en comunidad... los beneficios son para todos. Nosotros estamos por la autonomía.”

La importancia de la construcción comunitaria urbana tiene que ver también en cómo los sectores subalternos que integran los asentamientos (albañiles, carpinteros, comerciantes ambulantes, vendedores en los vagones de los trenes subterráneos, empleados) recuperan su capacidad como sujetos de manera colectiva. Los subalternos recuperan la voz con la recreación de los lazos comunitarios, a pesar de que algunos abortan el proceso por no poder adecuarse a las dinámicas colectivas. Sin embargo, debe entenderse que el proceso organizativo permite que los dominados y excluidos —que se encuentran en la desposesión material casi absoluta, pero también en una relativa precariedad subalterna, simbólica— abran y construyan, reconstituyendo el propio mundo simbólico de cada una de estas familias y mujeres, como dice Rosario:

[...] lo poco que he aprendido lo he aprendido de la organización [...] a mí me ha permitido ser... una mujer total. Aquello de que la mujer solo era para cocinar o tener hijos aquí en la organización se rompe y no solo conmigo [...] creo que parte de los logros de la organización es la transformación personal que se hace de cada uno de nosotros (Sánchez, 2010).

La producción de comunidad urbana, por otro lado, también golpea la idea dominante de que los mecanismos de gestión y autorregulación solo pueden

realizarse en las culturas campesinoindígenas ancladas en la tierra productiva o en la identidad étnica. Si bien uno de los límites más importantes del proceso del FpviUnopii es precisamente que sus familias están atadas al trabajo precario y asalariado, lo cierto es que la producción de relaciones comunales ha sido posible a pesar de este obstáculo estructural.

La producción de comunidad urbana, en el caso de Acapatzingo y el resto de los asentamientos, habla entonces de la posibilidad de ir a contracorriente de los mecanismos de los regímenes de regulación donde «el estado desempeña el verdadero papel de ordenador de la vida cotidiana y bajo la cobertura de la organización del espacio» (Castells, 1974: 7). Si pensamos que los elementos centrales de los sistemas comunales no son la tradición, la identidad, la unidad ni la cultura, como de manera dominante se ha hecho desde hace mucho tiempo, entonces la alternativa comunitaria resurge explicando estos procesos urbanos.

Si entendemos los sistemas comunales (Patzí, 2005) más como sistemas de gestión económica y política creados desde abajo, de manera rotativa, bajo el mando colectivo, entonces los entramados construidos por familias que no se conocían y que no tenían vínculos previos ni identidades culturales homogéneas se vuelven estructuras neocomunitarias. Es decir, estas nuevas comunidades, no ancladas en la tradición milenaria ni en el arraigo identitario previo, han podido recrearse a partir de un sistema colectivo de trabajo y poder comunal, de propiedad y usufructo de los bienes comunes, creando un territorio parcialmente autónomo, si bien no productivamente, sí en la gestión de la vida urbana, en una relación que no es de carácter públicoestatal, pero tampoco privadamercantil, sino comunal.

Las capacidades autodeterminativas son posibles en la ciudad, enraizadas en la constitución, construcción y constante actualización de la capacidad de control de los asuntos comunes. Más allá de si estas experiencias comunales pueden reproducirse, no como alternativas focalizadas sino como alternativas generalizadas, los críticos de sus límites (Harvey, 2012) quizá deberían reconocer que para pensar en posibles sistemas de gestión urbana más amplios, estas experiencias comunales, tendencialmente autonómicas, tienen mayor prioridad e importancia por ser praxis viviente, única plataforma desde la cual entonces podemos imaginar esos sistemas amplios de autogobierno urbano. Estas maneras de estar, habitar, pensar y hacer juntos —aunque con sus propios límites y contradicciones—, es decir, de manera comunitaria, son base emancipatoria para repensar lo material, lo urbano, la gestión colectiva y la posibilidad de un mundo otro, como en un documento del Frente se plantea:

Entendimos que nuestra lucha no empieza ni acaba con un predio o un solar, ni en cuatro paredes y un techo, que la lucha que ha de transformar al mundo empieza por nosotros mismos, por dejar a un lado el egoísmo, por empezar a pensar en colectivo, es decir, empezamos a dejar de ser yo, para empezar a ser nosotros (FpfviUnopii, 2012).

La experiencia de Acapatzingo y el resto de los asentamientos del FpfviUnopii son una muestra viva de que la comunidad urbana existe, a contracorriente del mercado y del estado. Acapatzingo es, además, esperanza, porque en medio de la soledad ha prosperado lo colectivo; porque en medio de la pobreza ha crecido la organización; porque en medio de la gris ciudad ha germinado el verde de sus cultivos; porque en medio de la vorágine de la agresiva, individualista y mercantilizada Ciudad de México, se ha sembrado, ha germinado y ha crecido —como ellos mismos dicen— el “nosotros”.

## Referencias

- Barragán, Lydia (2010). El movimiento urbano popular en la ciudad de México. La Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata y su proyecto comunitario de producción y gestión social del hábitat, tesis para obtener el título de licenciada en Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castells, Manuel (1974). Movimientos sociales urbanos. México, Siglo XXI Editores.
- Eckstein, Susan (2001). Poder y protesta popular. México, Siglo XXI Editores.
- Fpfvi-Unopii (1996). Balance de la Organización ante el Primer Congreso.
- \_\_\_\_ (2012). «Capitalismo, autonomía y socialismo». Primer Encuentro de Comisionados UNOPII. Ciudad de México.
- \_\_\_\_ (2012). Documentos Resolutivos del VI Congreso Nacional.
- \_\_\_\_ (2012). Discurso en el Encuentro Nacional de Resistencias Autónomas Anticapitalistas (2008). Recuperado el 2 de septiembre de 2013 en: <[http://meorganiza.org/index.php?option=com\\_content&view=article&id=69:frente](http://meorganiza.org/index.php?option=com_content&view=article&id=69:frente)>.
- Harvey, David (2012). Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana. Madrid, Akal.
- Lao, Flavia (2009). «El Frente Popular Francisco Villa Independiente no es solo un proyecto de organización, es un proyecto de vida». Entrevista a Enrique Reynoso, miembro del FPFVI. Recuperado el 2 de septiembre de 2013 en: <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=78519>>.
- Moctezuma, Pedro (1984). «El movimiento urbano popular mexicano». Nueva Antropología, n.º 24, pp. 61-87.
- \_\_\_\_ (1999). Despertares. Comunidad y organización urbano popular en México 1970-1994. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Navarro, Bernardo (1990). Crisis y movimiento urbano popular en el Valle de México. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Patzi, Félix (2005). «Sistema comunal, una propuesta alternativa al sistema liberal». En: Escárzaga Fabiola, Gutiérrez Rael (Coord.). Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo, pp. 291-313. La Paz, BUAP.
- Ramírez Sáiz, Manuel (2003). «Impacto urbano de las Organizaciones Populares en México: 1980-2002». Working paper series. University of Texas at Austin.
- Serna, Leslie (1997). ¿Quién es quién en el MUP? México, Ediciones UNIOS.
- Sánchez, Miguel. Entrevistas a Enrique Reynoso y Rosario Hernández, líderes del Fpfvi-Unopii. Videos originales sin edición para el proyecto «Cooperativa Acapatzingo-Fpfvi-Unopii». Centro Universitario de Estudios Cinematográficos. CUCEC-UNAM.
- Sánchez, Ruth (2007). El movimiento urbano popular a través de la historia oral: una mirada a la cotidianidad del Frente Popular Francisco Villa. Tesis para optar por el título de licenciado en Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tamayo, Sergio (1999). «Del movimiento urbano popular al movimiento ciudadano». Estudios Sociológicos, XVII, 50, pp. 499-518.
- Zibechi, Raúl (2008). Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento. México, Bajo Tierra Ediciones.